

mascando el cigarro convulsivamente y lanzando oblicuas miradas sobre Aurelia, que le escuchaba silenciosa é inmóvil en su puesto : después prosiguió :

—La hoja del puñalito aquél, que parecía incapaz de hacer daño, penetró en el corazón. Mi primer golpe fué de maestro. Estaba muerta, bien muerta.... Ya no había remedio.... Ella se tuvo la culpa. ¡Por qué despertó y se me atrevió?.... Subí, y me reuní contigo; lo primero que me preocupó fué el rasguño que me hizo tu ama en el dedo cuando la arrebaté el arma.... ¡Dichosa herida! Sin la suerte de que Morlain se hiciera una semejante, ¿quién sabe si hubiese bastado para perdernos?.... La verdad es que el pobre muchacho no es muy afortunado que digamos....

XXXIII.

Cansado de pasear arriba y abajo por la estancia, Pedro Vignot se colocó en la silla que estaba enfrente de Aurelia, al otro lado de la mesa, y prosiguió :

—Mientras yo me curaba el dedo herido, tú llorabas y te entregabas á la desesperación, diciendo: «¡Ah! ¡Si hubiese sabido lo que iba á suceder!» Te expliqué cómo no era culpa mía, y te convencí, haciéndote observar que, lejos de proponerme matarla, no llevé arma ninguna, y sin la casualidad que puso en mis manos el puñal

aquel, nada hubiese sucedido.... porque, en verdad, yo sólo me defendí.... Querías huir: ¿te acuerdas? Hubiera sido una barbaridad, una locura. Era confesar el crimen y nuestra complicidad mutua.... Hubiéramos caído en poder de los gendarmes antes de ganar la frontera, ó poco después en Bélgica ó en Inglaterra.... Te conformaste por fin; fraguamos nuestro plan.... y si era ó no bueno, díganlo los resultados obtenidos....

—Confieso que eres más sereno que yo, —exclamó Aurelia con acento sombrío.

—Al otro día bajaste á casa de tu ama, como de costumbre; corriste luego á la de la portera representando admirablemente una comedia....

—No lo creas. No fingí (interrumpió Aurelia con viveza). Cuando entré en el salón y vi al cadáver.... vamos, creí vol verme loca de miedo....

—¡Sí, ya te entiendo!.... Eres como esas actrices que el día que estrenan una obra, para producir más efecto procuran emocionarse de veras. Sea como fuere, el hecho es que saliste airosa de tu empresa. Á nadie se le ha ocurrido sospechar de nos-

otros. Luego el azar está de nuestro lado. Las primeras sospechas recayeron desde luego sobre Morlain, y nosotros no perdimos la ocasión para sacarnos la espina.... ¡Tus respuestas al interrogatorio del Comisario fueron un prodigio de habilidad!.... Sin decir «*él fué*», sin afirmar nada en concreto, le echaste encima un sambenito que nadie se lo quita....

Halagada por estos elogios, Aurelia no quiso ser menos que su amante, y le dijo:

—Pero sin ti, que tuviste la idea de declarar que habías reconocido á Morlain en el portal á las diez de la noche, ¿para qué hubieran servido mis declaraciones?

—¡Pues y el detalle del botoncillo de pechera, que fué de tu exclusiva invención! La idea de echarle encima de la sangre de tu ama, después que hacía tanto tiempo que estaba en poder tuyo, fué tan buena, que por sí misma bastaría para fundar la acusación. En fin, los dos hicimos cuanto estaba á nuestro alcance para salvar nuestras cabezas y vivir juntos en adelante; la fortuna nos protege, y á menos que....

—¡Habla!.... —interrumpió Aurelia con sobresalto.

—Á menos que un día te reconozca la policía.... Es mi único temor. Á mí es muy difícil que me cojan, porque todos me conocieron, ó con bigote sólo, ó afeitado y rapado á punta de tijera en la cárcel. Ahora, con patillas y el pelo largo, no hay quien me halle semejanza con Pedro Vignot.... Esto sin contar con otra porción de circunstancias. Poseo como ninguno el arte de disfrazarme.... el de arreglarme la cabeza á mi gusto; es un talento que desarrollé cuando era comparsa en el teatro de la Porte-Saint-Martin.... Durante los entreactos, estudiaba la manera de desfigurarme observando al gran maestro, al actor Tailade. Además, ya sabes que en la prefectura no han logrado una fotografía que se me parezca. Me removía de tal suerte delante del aparato, que ni atado pudieron retratarme, porque, moviendo los ojos y la boca, salí hecho un adefesio imposible.... Pero en lo tocante á ti, es otra cosa. Te engañaron prometiéndote un ejemplar, te dominó la vanidad, y en la *Surete*, en el muelle del Horloge, puede verte el que quiera en un álbum con un número de orden.... ¡Ah, mujeres! ¡Cuántas os perdéis por vanido-

sas!.... El número que corresponde á tu retrato es el mismo que lleva una nota de cierto libro, y que dice así: «Albertina Jeanrod, de diez y ocho á veinte años; de estatura pequeña; cabellos rubios; ojos azules oscuros, muy vivos. Señas particulares: dientes muy blancos un poco puntiagudos; una cicatriz en la mejilla derecha, junto á un lunar; la tez cubierta de manchitas rojizas; tiene la costumbre de acariciarse constantemente los labios con la lengua.»

—De esa me he corregido, — exclamó con viveza Aurelia.

—No del todo. Cuando estás nerviosa, sin querer vuelves á tu antigua costumbre. Y además, la cicatriz y las manchillas del cutis no hemos podido hacerlas desaparecer.

—De todos modos, como hasta la fecha nadie me ha reconocido, creo que en adelante....

—En adelante puede muy bien suceder lo contrario. Estando al servicio de la señora Vivian, apenas salías á la calle, y cuando no tenías más remedio que salir, so pretexto de un dolor de muelas crónico, te cubrías la cara con un pañuelo.

—Y sigo tomando esa precaución....

—Que fácilmente puede convertirse en motivo de sospechas. Hasta ahora sólo has tropezado con el Comisario y el Juez, que no tienen práctica de polizontes. Pero como caigas entre las manos de algún inspector de esos viejos que toda la vida la pasan viendo detenidos.... entonces.... Créeme, Albertina (prosiguió Vignot mirándola con fijeza), Merle no necesita dos minutos para concertarte....

—Pero ese ya no es inspector.... Presentó la dimisión. Tú mismo me aseguraste que abandonó su destino al propio tiempo que su antiguo superior el jefe de seguridad.

—Otro que te reconocería también en seguida....

—Pero si no están empleados....

—Merle es muy activo, y en extremo inteligente; se le aprecia mucho en la prefectura.... Ya sabes que yo estoy al corriente de todo siempre.... Y nada extraño sería que le decidiesen á volver al servicio si hubiese interés en ello....

—¡Bah! ¡Y por qué ha de suceder eso! dijo Aurelia sin convicción, pero llena de

afán por tranquilizarse). Además, ¿dónde podría verme, si nunca salgo de mi cuarto?....

—¿Y cuando vayas á declarar á la Cour d'Assises?

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿No me dijiste que me dispensarían de asistir por causa de mi estado de salud, y se contentarían también con leer mis declaraciones?

—Sí, como sigas representando bien la comedia, escaparás de ese peligro; pero yo.... Los dos testigos principales no pueden faltar; uno es menester que vaya.

—¡Luego tienes miedo también de que te reconozcan!

—Algunas veces me acometen dudas....

—Entonces, ¿á qué vienen esas farfantonadas? Yo soy un maestro para disfrazarme.... En la Prefectura no pudieron lograr un retrato mío.... No hay quien sea capaz de reconocer á Pedro Vignot bajo las formas del falso Julio Bertin....

—Dije mal. Hay un hombre capaz de conocerme aunque fuera yo dentro de la piel de otro, Merle....

—De lo que menos se acuerda ya es de

ti.... Después de tres años.... Te cree allá en Nueva Caledonia....

— ¡Ni más ni menos!.... Como que en cuanto un forzado se escapa, les falta tiempo para enterar al ministro del Interior, y éste tarda mucho en comunicárselo á la policía, para que lo busque aunque sea debajo de tierra, y mejor aún en París, donde es sabido que acuden todos.... Si Merle siguiera empleado, no daba diez céntimos por mi cabeza....

— ¡Mucho le temes!

— ¡Muchísimo!

— Entonces, si temes por los dos, ¿por qué no huímos al extranjero?

— ¡Imposible!

— ¿Por qué? El día siguiente del asesinato, hubiese hecho sospechar nuestra fuga.... Pero hoy que la justicia cree tener entre las garras al culpable.... Tiene su acusado, y le basta.

— Mientras no recaiga condena sobre él, la situación es la misma. ¡Poco partido sacaría de nuestra fuga su defensor! ¡Figúrate!.... Dos testigos de cargo, los más importantes, que huyen de pronto.... Además, sabes muy bien que no podemos abandonar

aún este país. Nos queda por hacer lo más grave....

— ¿Continúas soñando en los dos millones?....

— ¿Me crees capaz de permitir que se me escape tan hermoso botín?....

XXXIV.

La visita de Lucía y su amiga entretuvo á Albertina , y temiendo llegar tarde, acudió á la cita con Vignot , sin ataviarse como de ordinario. Por eso , cuando acabó la comida, pasó al tocador inmediatamente, y substituyó por una bata de seda azul celeste su humilde traje y su mantón. Así transformada , con sus actitudes provocadoras , sus ojos chispeando con fuego infernal , su naricilla remangada y sus cabellos de color rejizo , resultaba excitante como pocas mujeres. Mientras Pedro pronunciaba

la última frase del diálogo de sobremesa, salió ella; volvió á poco, y se acomodó en un sillón enfrente de aquél, al lado de la chimenea. Hablando tranquilamente de sus negocios en voz baja, parecían un honrado matrimonio esperando la hora de acostarse. Se miraban con amor; una serie interminable de miserias soportadas en común, grandes placeres y grandes dolores experimentados en compañía; sus bruscas ausencias debidas á la fuerza de las circunstancias, sus amores siempre amenazados, con frecuencia trocados en pesadumbres, sus mutuos terrores, su complicidad en crímenes que combinaron con las cabezas sobre la misma almohada, y los perpetraron después por acuerdo recíproco, habían acabado por unirlos con vínculos inquebrantables.

— ¿De modo que no has perdido las ilusiones? — dijo Albertina, no bien se arrellanó en la butaca.

— Si no tuviera la de procurarme esos dos millones, y con ellos la de ofrecerte las comodidades y el bienestar que poseerlos supone, ¿hubiese sufrido con calma tres años de cadena? La primera vez era sopor-

table: estaba en Noumea, sobre la tierra firme, y gozaba de una libertad relativa.... que aproveché para largarme.... Pero al volver la segunda, me hicieron pagar cara la evasión. Me echaron la doble cadena primero en la isla de Noua, y luego en el campo de Bourail.... Aquello era espantoso, y ni sé cómo lo sufrí, ni casi cómo pude huir.... Una noche de tormenta los indígenas atacaron el recinto; el pánico se apoderó de los centinelas, y pude tirarme al mar.... Cuando gané la playa, era ya por la mañana, y estaba desnudo, acostado sobre la arena, muriéndome de sed y de hambre.... Unos marineros americanos me tomaron por un náufrago perdido, me recogieron, y me llevaron en su barco á la Australia....

Con el semblante inflamado por un fuego extraño, Albertina se levantó de un salto, y precipitándose sobre su amante, le abrazó con efusión, le cubrió de besos, y murmuró con voz ahogada:

— ¡Pobre Pedro mío!.... ¡Cuánto has padecido!....

— Sí (replicó Vignot, devolviéndola sus caricias). Por eso no quiero sufrir ya más.

Necesito muchos placeres para olvidar esa interminable serie de torturas...

—¿Y cuentas para ello con los dos millones?

—¿Qué otra cosa puedo esperar? ¿Te parece á ti que con los cincuenta mil francos de tu antigua ama tenemos para empezar siquiera? Apenas nos bastarían para cubrir nuestras necesidades por espacio de un año...., y eso no derrochando.... Renunciando, pues, á los dos millones, precisaría *trabajar* más, cometer algún nuevo crimen.... y ya estoy cansado de ellos. Esas cosas salen bien pocas veces, y no conviene tentar á la fortuna.... Ahora lo que más nos interesa es recoger ese dinero, para poder retirarnos á donde tú quieras, á España, á Italia, á América, y allí vivir tranquilos y felices, sin zozobras ni quebraderos de cabeza.

—¡Ah! Eso es muy hermoso, y muy tentador: pero esa fortuna....

—De seguro no se ha movido del sitio en que la dejé hace tres años, pocos momentos antes de ser preso en casa del príncipe Polkine. El escondite era magnífico. Nadie puede sospechar lo que se oculta en

aquel gabinetito oscuro que yo ocupaba en el piso segundo.

—Pero el hotel fué vendido.

—Sí. Lo adquirió el duque de Limours. ¿Y qué?

—¿Habrán hallado quizás los fajos de billetes?

—¡Calla, mujer! Es imposible. ¿Olvidas que desde el día en que pensé robar al Príncipe comencé á preparar el escondrijo?

—Sí; recuerdo que me dijiste que en el hueco de un armario de pared practicaste un agujero, que, bien cerrado, quedaba oculto detrás de los entrepaños.

—Pues bueno. Después que guardé el dinero, le cerré herméticamente, y....

—Pero como el Príncipe notó el robo al día siguiente de tu prisión....

—Era incapaz de ocurrírsele la clave de mi secreto....

—¿Y la policía?

—Tuvo muy buen cuidado en no dar parte á la prefectura. Su mujer andaba en el asunto, y temió el escándalo, por cuya razón, lejos de investigar, procuró que el misterio más profundo lo envolviera todo.

Albertina apartó su cuerpo del de su amante, apoyándole las manos en los hombros, y mirándole fijo, exclamó:

— Júrame que nunca amaste á la Princesa....

— ¡Te lo juro!.... ¡Vaya una ocurrencia! ¡Amarla!.... Se lo hice creer para asegurar el éxito de mi empresa; para sujetarla, para impedirle que hablase y para tener un aliado traidor en la plaza. A veces nuestro oficio exige ciertas cosas.... ¿Crees que puedo yo querer en el mundo nada más que á mi Culebrita?

— ¿De veras me lo dices? Júramelo otra vez....

— ¡Por mi fe de hombre honrado!....

Y Albertina se dió por satisfecha. Le abrazó con entusiasmo, orgullosa, convencida de que ella era el único objeto de su amor. ¡Creía en la palabra honrada de Vignot!....

— Perfectamente (dijo, luego que satisfizo su afán de caricias). Supongamos que, en efecto, ni Polkine ni la policía descubrieron el escondite, y los dos millones siguen en su agujero sin novedad. Tampoco ha sucedido ningún incendio ni otro

accidente capaz de destruirlos, porque lo hubiéramos sabido. Pero, ¿no habrán hecho obra los nuevos propietarios? Yo vivía cerca del hotel para vigilar; cuando los Duques le adquirieron, vi entrar y salir albañiles y carpinteros. Uno de ellos pudo tropezar con el tesoro....

— ¿Por qué? Desengáñate. Eso no sucede más que en las novelas. En la vida real, los tesoros escondidos se quedan en donde los dejaron. Eso no me inquieta. Lo único que me preocupa es....

— ¿Ves? Algo reconoces que puede echar nuestros planes por tierra....

— Precisamente, una cosa que tú has dicho. Que los Duques han hecho obra. Pero no me asusta porque hayan podido dar con mi tesoro, sino porque hayan cambiado el plano de mis antiguas habitaciones. Por eso he tomado informes en el barrio...., y ahí tienes una prueba de que no se me reconoce fácilmente. Todos me tienen por el verdadero Julio Bertin.... Según las noticias que he adquirido, del saloncito, la alcoba y el tocador que yo tenía, han hecho el estudio de la Duquesa.

— ¡Ah!

—De las tres piezas ha formado una sola.

—¡Y eso te inquieta!....

—Sí; temo que hayan rellenado el armario del gabinetito oscuro para dar más resistencia á la pared, y entonces....

—¡Diablo! ¡Vaya una contrariedad!.... ¡Bien podías habérmelo dicho antes!....

—¿Para qué había de asustarte? Después de todo, no es más que una suposición mía....

—¿Cómo haríamos para saber la verdad?

—Ya llegará su hora. Entre tanto, sólo nos toca tener paciencia. Si me hubiese dejado llevar por la curiosidad cuando volví á París, hubiera procurado introducirme en el hotel. Pero me dominé, temeroso de que en una casa en donde hay tanto criado me cogieran, y me resigné á esperar. Una vez fallada la causa y nosotros del todo tranquilos, ya encontraremos la manera de penetrar hasta donde se encierra nuestro porvenir. Entre tanto, tengamos paciencia.

Una parte de la noche se pasó en el gabinete junto al fuego. El resto en la alcoba, entre caricias y conversaciones referentes

á lo que los dos amantes llamaban *sus negocios*. Cuando comenzaba á rayar la aurora, Albertina se despidió de Pedro Vignot, y con iguales precauciones que había empleado para abandonarle, volvió á encerrarse en su cuarto del sexto piso.